
Recursos humanos



Seix Barral Biblioteca Breve

Antonio Ortuño
Recursos humanos

© 2007, Antonio Ortuño

Publicado con acuerdo con Michael Gaeb Literary Agency

Diseño de portada: Planeta Arte & Diseño / Domingo Martínez

Fotografías de portada: © iStock

Fotografía de Antonio Ortuño: © Isabel Wagemann

Derechos reservados

© 2020, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.

Bajo el sello editorial SEIX BARRAL M.R.

Avenida Presidente Masarik núm. 111,

Piso 2, Polanco V Sección, Miguel Hidalgo

C.P. 11560, Ciudad de México

www.planetadelibros.com.mx

Primera edición en formato epub: noviembre de 2020

ISBN: 978-607-07-6872-9

Primera edición impresa en México: noviembre de 2020

ISBN: 978-607-07-6904-7

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal).

Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase al CeMPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, <http://www.cempro.org.mx>).

Impreso en los talleres de Litográfica Ingramex, S.A. de C.V.

Centeno núm. 162, colonia Granjas Esmeralda, Ciudad de México

Impreso y hecho en México – *Printed and made in Mexico*

Así hablaba Constantino

—El buen funcionamiento de esta gerencia, mi querido Mario, está en tus manos.

Eso dice Figuera, el jefe, antes de cerrar la puerta y abandonarme a la soledad de la oficina. Su peste a colonia permanece en el aire como el aroma inexplicable a vainilla que reportan los niños ante quienes se aparece la Virgen.

El sol matutino me incordia. Corro las persianas hasta que la oscuridad es perfecta. Enciendo, entonces, las luces. Me agrada la idea de que mi aversión al sol provocará que la empresa gaste una innecesaria fortuna en liquidar mi factura eléctrica. Amo a la empresa y no: aprecio la gerencia con que se me ha recibido y a la vez deseo que el edificio se hunda.

Ocupo, desde luego, la oficina más notoria del tercer piso. Aquí podrían bailar danzas típicas quince parejas sin estrellarse las unas contra las otras. Abro los cajones del escritorio y los encuentro vacíos. Vacíos también el archivero de roble

junto al muro y la memoria del teléfono, como si a mi antecesor lo hubiera raptado la policía secreta con todo y adminículos de trabajo. Pero no: mi antecesor debe encontrarse en una oficina igualmente desocupada, en el piso superior, exaltado a una coordinación general.

No estoy cómodo, pero al menos en el baño hay papel sanitario y jabón. El agua del retrete es azul, hipnótica. No evito identificar su aromatizante con la colonia del jefe. Comprendo que no me sentiré conforme sino hasta que la oficina esté impregnada por mi propia peste.

Desconozco, hasta ahora, los motivos de Figuera para invitarme al puesto por encima de tipos que trabajan en la empresa casi desde su alumbramiento. Quizás sea por mis títulos universitarios o mi apariencia dócil, suave y en suma adecuada. Por suerte, no hay nadie aquí que pueda explicarle al jefe que mis estudios fueron parte del precio que tuve que pagar a mis padres por la humillación suprema de haber sido detenido por la policía y más de una vez.

Los agentes que me arrestaron en la última ocasión, mientras orinaba la portezuela de un automóvil e inhalaba cocaína ayudado por la llave de mi propio vehículo, tardaron diez minutos en darse cuenta de que yo era hijo de Luis Castañeda, el abogado que ha convertido el sistema legal de esta

ciudad en su ramera. Mi apariencia debió inquietarlos, porque en lugar de soltarme llamaron a su jefe.

—Pareces un *lunático* con ese cabello —dijo mi padre cuando fue a buscarme al despacho del comandante de la zona.

Lunático. Le gusta utilizar ese tipo de palabras arcaicas. Llama *gaseosa* al refresco, por ejemplo. Incluso ebrio, emplea frases como: «Yo sostuve relaciones, en la adolescencia, con una americana; una mujer muy aseada».

No transó en dejarme en paz. Tuve que volver a la escuela y cortarme de nuevo el cabello, como cada vez que me prendían inmiscuido en algo ilegal.

Cinco años después, mi padre es aún el abogado más peligroso de esta ciudad podrida y yo estoy, gracias a sus contactos, orinando el baño de una gerencia de producción que no ansiaba, en el buen camino de una empresa a la que solo la insistencia de mi padre me hizo considerar pasadera. Lavo mis manos con un jabón líquido, de color azul. Huele, cómo no, a la colonia de Figuera.

Salgo. La puerta cruje. Mandaré que la aceiten. Frente a mi escritorio, sentada en una silla sin brazos que no recuerdo haber visto allí, hay una chica linda, arreglada pero no con demasiado tino, que parpadea y no dice nada. Mi silla de gerente me recibe y gira hasta enfrentarme con la visitante. Nos miramos.

—¿Sabes si el tipo nuevo de producción va a venir hoy? ¿El hijo de...? —intenta ella.

Tiene ojos grandes, mirada limpia, labios húmedos y unos cabellos desordenados que se oscurecen por sus hombros. Debe pensar que soy el conserje y que me siento en la silla gerencial por capricho o insubordinación.

—Mario C. Castañeda. Un gusto.

Ella esboza el gesto de miedo más legítimo que he visto jamás. Tapa su boca con una mano y se deja caer al respaldo de la silla. Por inercia quizás, las piernas le asoman entre las insuficiencias de la falda. Son fuertes, admirables.

—Tú eres el hijo de...

—Sí.

La chica da por perdida la batalla. Deduce que de ahora en adelante le tomaré rencor y la haré sufrir.

—Disculpa.

—Claro.

Se tapa de nuevo la boca y sus ojos se humedecen, como si fuera a llorar. Debe ser muy estúpida.

—Soy Lizbeth. De Recursos Humanos. Necesito que llenes esta hoja y también esta...

Me tutea. ¿Es estúpida?

Tengo debilidad por las estúpidas.

Me dieron la encomienda de reinar.

Voy a dejar que las cosas sucedan.

La vida plebeya de Gabriel Lynch

Esta es la historia de mi odio.

Otros debieron combatir tiranías, derrumbar imperios, tirotear príncipes incluso, como quien tirotea conejos. Otros debieron combatir reinos que gobernaban la vida de millones. Yo, que soy cobarde en toda norma, solo me alzo contra la sociedad anónima que rige la mía. Como exigen los tiempos mezquinos que corren, apenas soy capaz de oponerme a que la vida de oficinista me anule. O que me balde más de lo que ya me ha baldado.

Soy subversivo en mi propia escala. No aspiro a la revolución sino a otra cosa, que ahora mismo solo entreveo y que se parece a la autoconservación y la delincuencia.

Me llamo Gabriel Lynch y mis días se agotan en un escritorio de la división de impresiones de un conglomerado de diseño y edición. Tengo un lapicero, una máquina en buen estado, una silla casi cómoda, dos lupas y un muestrario de papeles

y tintas que es reemplazado cada seis meses para incluir productos nuevos, aunque esencialmente iguales a los anteriores.

Explicaré, a modo de esbozo, el escalafón de este reino. Soy supervisor y dependo de un gerente llamado Constantino. Diez técnicos me deben lealtad. Diez supervisores se la debemos a nuestra vez al gerente, último eslabón visible —para los empleados de bajo nivel, como yo— de la cadena de mando.

Solo al gerente le está permitido escalar al tercer piso de nuestra torre de oficinas y talleres y respirar el aire de los amos, esos seres pálidos y prácticamente incorpóreos que pueblan las coordinaciones y la presidencia.

Me obsesionan, debo admitirlo, los amos. He visto o soñado ver sus siluetas en el ascensor, a través del canal de vidrio esmerilado que lo divide del nuestro. He observado el talle y las piernas de las mujeres que laboran allá arriba por detrás del enrejado del estacionamiento. Por eso solicité la plaza de gerente cuando quedó libre, cuando el sujeto que la ocupaba llegó a ser lo suficientemente pálido y etéreo como para ascender a una coordinación.

Fracasé. Mis méritos eran pocos. Soy blancuzco y sospecho que haber llegado a un puesto de supervisión tiene que ver con ello. Pero no parezco,

fuera del tono de la piel, uno de los amos: no uso pantalones de pinzas ni me repego el cabello al cráneo con gomina ni provengo de la cosecha de alumnos de los colegios privados que generalmente ascienden por nuestra escala de Jacob hasta lo más alto, como los ángeles que son.

No: yo soy carne de escuela numerada. Me enseñaron humildad y resignación. También me enseñaron unos episodios patrios que eran mentira y unas fórmulas técnicas que no tenían más remedio que ser verdad.

Tú eres un resentido. Eso me dijo una chica que se acostaba conmigo en la universidad, aburrida de mi interminable plática sobre la estupidez de sus padres y amigos, la imbecilidad de nuestros profesores y nuestra propia e insondable arrogancia.

Sí: era y soy un resentido. Al menos en eso tenía razón aquella muchacha. Y un resentido solo pide trabajo por dos razones: para que no se lo den y quejarse o para que se lo den y quejarse más. Yo soy de la segunda calaña.

Algo hay en mí que responde al ideal de auto-superación que cada empresa cacarea a sus esclavos. Prefiero trabajar a no hacerlo; prefiero contar con poco dinero que no contarlo en lo absoluto. Prefiero la ropa barata que los harapos.

Pero, de cualquier forma, odio.

Y esta es también la historia de mi odio.

Índice

Nota del autor.	11
Así hablaba Constantino.	13
La vida plebeya de Gabriel Lynch.	17
La caída de Constantino	115
Catecismo para esclavistas	120
La lucha con el ángel	215